

Vete al infierno, cariño

Tuve el honor y el placer de conversar con el señor Anjel Lertxundi en su paso por Barcelona con motivo de la presentación de su última novela, recién traducida al español: *Vete al infierno, cariño*. Una novela que trata la violencia de género desde un punto de vista femenino y realista, una obra que no dejará indiferente a nadie y que desde *Con Carácter* recomiendo encarecidamente.

Texto: Noemí Cuevas noemi@concaracter.es / Fotos: Editorial Alberdania



Sus mecanismos de funcionamiento me resultaban más cercanos. Independientemente de que uno de ellos ejerza la violencia física, estás más cercano a reconocer esos mecanismos porque, entre otras cosas, hemos sido educados en esos mismos esquemas. Por eso no siento ninguna curiosidad en saber cómo se sentiría Tomás, por ejemplo, lo que a mí me interesa es el punto de vista de la víctima que, en la violencia de género ya sabemos quién es.

Es cierto que en mis novelas la presencia de figuras femeninas es una constante y que para mí, como escritor, cuando tengo que acceder “al otro” siempre me llama mucho más la atención el lado femenino. La visión que tengan de la vida, de las cosas, me interesa muchísimo más.

¿Y no le es difícil? Describe las sensaciones de Rosa de una forma fría. Planea cometer un asesinato.

¿Entiende su forma de actuar o sólo la narra?

Entiendo las actuaciones de Rosa, otra cosa es compartir su forma de llevarlas a cabo. Es, como dice en un momento determinado la asistenta social, no puedes saber lo que harías si no te has encontrado en esas circunstancias. Así que no se trata sólo de ponerse en el lugar del otro sin más si no hacerlo imaginando cómo actuaría yo si me encontrara en esas circunstancias.

Alguien me ha sugerido que el narrador (yo) no emite juicios y, independientemente de que literariamente no tengo por qué hacerlo, lo que quiero es que el lector se ponga en la situación en la que se encuentra Rosa, que ha llegado a ese punto llevando una vida absolutamente normal, no porque ella se lo haya estado buscando, y se pregunte: ¿qué haría yo? Lo que pretendo es suspender el juicio sobre Rosa y que éste revierta sobre el lector para que se plantee qué haría en una situación así. Darle la vuelta al calcetín y obligar al lector a que se conteste esa pregunta.

Con su forma de narrar ayuda mucho al lector a visualizar las situaciones, da muchos detalles. Deja poco espacio a la imaginación y a la vez mucha libertad, ¿es un juego hecho a propósito?

Sí, la ambientación (en términos cinematográficos) de la escena es lo que más cuido, todo lo demás lo dejo abierto de forma que, con muy pocos detalles, el lector

En una cafetería céntrica de Barcelona, después de comer, lanzo mi primera pregunta al señor Lertxundi.

Lo primero que impacta del libro es el título: “Vete al infierno, cariño” ¿Cuántas veces ha dicho esa frase? ¿O se la han dicho a usted?

(Risas) Alguna vez me ha tocado escucharla. No exactamente esta frase sino alguna variante. En el contexto del libro la frase se dice, pero aparece en un contexto más bien amable, aunque tiene su parte irónica. Este tipo de frases suelen encontrarse en un contexto distinto al que suelen pertenecer. Es un paso en el proceso para llegar a la violencia física. Hacen falta una serie de comportamientos previos. Uno de ellos es la violencia verbal y la otra la violencia psicológica. Y en esta frase, aunque esté en un contexto amable, están los primeros ingredientes hacia una violencia verbal.

Me ha impactado que tanto la narradora como la protagonista sean mujeres. ¿Cómo se ha sentido metiéndose en la piel de dos mujeres?

Bueno, para mí un escritor siempre está obligado a meterse en la piel de otro, en la piel de un desconocido. Meterse en la piel de una mujer tiene mucho más misterio y me resulta más lejano que hacerlo en la de un hombre. Podría haberme metido en la piel de Tomás o de Ignacio y contar la historia desde su punto de vista, pero no me interesaba.

tenga los datos suficientes para imaginar esa escena pero dejando totalmente abiertas las otras puertas, tratando no dar ninguna explicación que vaya más allá.

¿Le influye el ser guionista para ser escritor o el ser escritor para ser guionista?

Accedí a ser guionista a través de mi trayectoria como escritor. Había escrito algunas novelas y libros de narraciones antes de acceder al mundo del cine. Además, mi primer trabajo como guionista fue haciendo la versión cinematográfica de una novela mía en los años 80. Por supuesto, desde aquella experiencia puedo decir que siempre escribo con una cámara en la mente. En esta novel a la cámara está presente aunque yo creo que, aún cuando decido quitarla, no deja de estar ahí. Hay veces que tengo que hacer la elección de dejarla a un lado, olvidarme del cine y dedicarme a los elementos exclusivamente literarios.

Ha recibido el premio Beterriko Liburua en el país vasco por su novela. ¿Qué opiniones ha recibido al respecto si es que le han llegado?

Es un premio en el que un grupo de unos doscientos lectores anónimos que, tras varias votaciones, deciden cuál es la mejor novela. Además no es una votación cualquiera, son votos razonados, cada uno explica por qué apuesta por una novela y no por otra. Con lo cual tengo un cúmulo de opiniones surgidas de allí, es una maravilla. Lo que me sorprendió es la cantidad de opiniones masculinas que recibí. Lectores que se han sentido impactados con la novela. Supongo que se sienten cercanos a la historia y no sólo por el tema que trata sino porque lo ha escrito un hombre. Hay un cierto mecanismo de identificación desde mi punto de vista muy interesante. Alguno de ellos me ha comentado algo que a mí me resultaba muy familiar y es que se ha encontrado completamente sobrecogido por algunas escenas, las mismas que yo, cuando estaba escribiendo decía: ¿Qué es lo que estás haciendo? Reconozco que algunos momentos de la historia me he encontrado muy incómodo. En concreto ese en el que Tomàs le da un golpe en la boca... estaba tan incómodo conmigo mismo que lo imprimí y se lo pasé a mi mujer para que lo leyera. Quería marcar una distancia, quería que alguien supiera de lo que estaba escribiendo. Y esta misma reacción la he observado en hombres. Las mujeres, por desgracia, se han tenido que encontrar en esa situación más a menudo que los hombres. Es una cosa muy curiosa como la violencia física que ejerce un hombre y la que la víctima es una mujer pero, sin embargo, sobre quien incide esa violencia, no ya la violencia física, la real y sus consecuencias es sobre la mujer. Los mecanismos de defensa de la violencia física lleva una serie de protocolos de acción que todos conocemos pero nadie sabe nada acerca del protocolo a seguir con el hombre que está ejerciendo esa violencia. Creo que habría que reflexionar sobre esto.

¿Y el público femenino? ¿Qué opina sobre la novela?

Al público femenino le ha sorprendido que yo me haya acercado a este tema y lo haya hecho de esta forma. También hay gente que ha agradecido la forma en la que lo he hecho. Parece que el tema de la violencia de género es un tema que incumbe solamente a las mujeres pero yo espero que el que en la portada del libro aparezca el nombre de un hombre ayude a que muchos piensen como yo, ¿pues no este un problema de todos?

La historia ocurre cerca de Pamplona y vemos reflejada la sociedad principalmente matriarcal vasca. ¿Cree que hubiera podido situar esta historia en cualquier otro punto de la geografía española?

Sí, quizá cambiando algunos matices. Por ejemplo la figura de la madre de Tomás variaría un poco. Amalia es una figura muy prototípica de la familia tradicional vasca pero quitados algunos matices, hubiera podido suceder en cualquier otro lugar.

Y, por último, una pregunta de pura “deformación profesional”. ¿Hasta qué punto, siendo dos lenguas tan cercanas y que usted controla, es partícipe en el proceso de traducción de sus obras?

Prácticamente todas las traducciones las ha llevado a cabo la misma persona, Jorge Giménez. Desde un principio tuve muy claro que no quería traducirme a mí mismo. A Jorge siempre le he pedido que fuera lo más fiel posible al original ya que lo más probable es que esa traducción al español se vaya a utilizar como vehículo puente para otras lenguas puesto que es muy complicado encontrar quien lo haga partiendo directamente del euskera. Si alguna vez hemos variado algo del original siempre se ha hecho de común acuerdo entre los dos y siempre recordando la fidelidad al original. Una vez terminada la traducción yo la reviso. Reviso, no corrijo. Simplemente veo si ha quedado algún punto dudoso. A veces llegado ese punto “discutimos” pero, si algo tengo muy claro es que, si no hay acuerdo, cosa que no suele suceder, la decisión última es del traductor. Eso lo tengo clarísimo. Respeto el trabajo del traductor, él sabe cómo hacer su trabajo. Puedo meterme en la cuestión de la interpretación del texto pero en lo demás nunca. A veces, de hecho, me riño porque alguna palabra no me gusta y me dice: ¿por qué lo has puesto en el original, entonces? ¿por qué no reparaste en ello cuando lo escribías? Con esto me ayuda a reflexionar de cara a mi siguiente obra y, cuando voy a poner según qué adjetivo, me lo pienso dos veces. (Risas).

